

cercá del Gobierno francés, enviando á París comisionado un ayudante suyo, que obtuvo siete audiencias del Duque de Dalmacia, ministro de Negocios extranjeros, quien manifestó en su nombre y en el de Luis Felipe serles muy agradable *l'ouverture* que se les hacia verbalmente, y apuntó las condiciones bajo las cuales habria de llegarse al acuerdo definitivo: eran estas, la abdicacion y expatriacion de D. Carlos y su esposa; el compromiso por parte de aquel Gobierno de *obligar* á Cristina á salir inmediatamente de España, y efectuar el casamiento del príncipe de Asturias con Doña Isabel para que gobernasen colectivamente como rey y reina; el reconocimiento de todos los grados adquiridos por ambas partes beligerantes, y la conservacion de los fueros á las provincias Vascongadas y Navarra. La fatuidad francesa llevó sus pretenciones hasta el punto de imponer como condicion precisa, que Espartero declarase "*que la Francia, queriendo irrevocablemente componer las cosas de España, él contribuiria con ella y con Maroto á dicho resultado.* — Tambien los jove-llanistas trabajaban rabiosamente para desacreditar al Conde de Luchana, é impedir que hiciese por sí la paz; pues habiéndose declarado enemigos de la regencia de Cristina, que tenia en el Conde su más leal y poderoso apoyo, no podian sufrir que este adquiriese con la terminacion de la guerra una preponderancia invencible; y por lo tanto, hacian todos los esfuerzos imaginables para separarle de su puesto, *no siendo extraños á la conspiracion* (segun se dijo) *Luis Felipe y su embajador en la corte de España*: por otra parte circulaban á todas las cortes extranjeras su plan de pacificacion.

Todas estas negociaciones, más ó menos desfiguradas por la intriga y la pasion de partido, llegaban á conocimiento de los apostólicos, y encendian sus iras, exaltán-doles hasta el frenesí. Naturalmente D. Carlos llegó á enterarse de lo que se trataba sin su anuencia; pero no atreviéndose á chocar con Maroto, desconfió de su hijo y le redujo al mayor aislamiento: entonces los personajes que habian prometido su apoyo al general, viéndole en una falsa posicion, se desviaron de él por temor de ser descubiertos.

Para aumentar la confusion y el desconcierto, aparte de los varios agentes que sembraban desconfianzas y promovian la discordia en el campo carlista, estaba en Bayona D. Eugenio Aviraneta, inventando y dirigiendo desde allí los más diabólicos planes. Tenia confidentes que le instruian de cuanto pasaba en los clubs ó juntas secretas que los enemigos de Maroto habian establecido en Azcoitia, Tolosa y otros puntos; los tenia en el cuartel mismo de D. Carlos, donde entraba una señora, que

trabó gran amistad con uno de los íntimos servidores de aquel; y en Bayona ganó la confianza de un personage carlista que nada le ocultaba. Con éstos elementos y su fértil ingenio, Aviraneta desbarató un proyecto de empréstito carlista de 500 millones, operacion escandalosamente usuraria, y dirigida por ingleses y franceses, que se proponian dar en tierra con nuestra escasa industria; intentó por dos veces apoderarse de D. Cárlos, y lo habria conseguido á no impedirlo la casualidad; alentó á los navarros á sublevarse contra Maroto, al mismo tiempo que en las líneas de Irun y de Andoain excitaba el entusiasmo á favor de aquel jefe y de la paz: valíase para esto de las muchachas que tenian parientes ó amigos en la faccion, y que no trabajaron sin fruto. Por último, con el profundo conocimiento que llegó á adquirir en las cosas y personas del carlismo, ideó una vasta sociedad secreta, domiciliada en Madrid, con ramificaciones en Bayona, en la Provincias y otras partes de España, figurando Maroto y sus amigos como los principales corifeos de dicha sociedad; y trazó una correspondencia seguida entre el Directorio de Madrid y el agente de Bayona, en la cual aparecia demostrada una conjuracion para derrocar á D. Cárlos y proclamar principios moderados. Nada de esto existia; todo era invencion; pero tan verosímil y adecuado á la realidad de los hechos, que podia pasar y pasó por indudable y auténtico.

Aviraneta formó de todos aquellos papeles y artificios un gran paquete, que tituló *archivo*, y se llamó despues *el Simancas*, como pudiera haberse llamado *Caja de Pandora*, y con mil trabajos y precauciones, para que no se descubriese el enredo, hizo de modo que llegase á manos de D. Cárlos, vendiéndoselo como un gran servicio.

Precisamente cuando D. Cárlos daba las más cumplidas satisfacciones á su general en jefe con motivo de las famosas cartas de Arias y Cabrera, poseía ya un índice del *archivo*, y ardia en deseos de apoderarse del archivo mismo, para convencerse de la verdad por sus propios ojos, y resultando probada la traicion, confundir á Maroto y fusilarle. Quince dias pasó en esta cruel incertidumbre, hasta que al fin le presentaron aquel objeto de sus mortales ánsias: el confidente que lo llevaba llegó á Tolosa el 5 de Agosto, y lo entregó todo al ministro de Hacienda, Marcó del Pont. Aquel dia y el siguiente permaneció D. Cárlos encerrado en su cámara con el ministro, y en la noche del 6 salieron de la ciudad tres correos de gabinete; uno para Navarra, otro para Alava, y el tercero para Vizcaya: observóse un movimiento extraordinario de las personas notables del país, y el 7 se supo que algunos habian marchado en distintas direcciones.

A las cuarenta horas, el 8 de Agosto á media noche, se sublevaba en Etulain de Ulzama el 5.º batallón de Navarra, y abandonaba el pueblo dirigiéndose á Vera : los batallones 11.º y 12.º, que estaban respectivamente en el Baztan y en Urdax, se unieron al 5.º : los insurrectos gritaban : *¡ Viva el Rey ! ¡ Muera Maroto , y mueran los traidores !*

¿ Quién promovió aquel alzamiento ? Importa poco averiguarlo : se ha dicho que lo prepararon los liberales : el hecho cierto é indudable es que inmediatamente aparecieron al frente de los sublevados algunos apostólicos furibundos, como el presbítero D. Juan Echevarría y D. Basilio. El primero lanzó proclamas incendiarias contra Maroto y los de su partido, llamando á los voluntarios y pueblos á defender la religion, la monarquía pura y los fueros. D. Carlos marchó hácia Vera ; trató de sosegar á los revoltosos ; pero fué desobedecido , y mandó reducirlos por la fuerza, diciendo en una alocucion al ejército , que esperaba contribuyese con sus armas *al exterminio de aquel gérmen de insubordinacion, cobardía y vil traicion.*„

Sin embargo, no se dió crédito á las palabras de D. Carlos, ni sus amenazas surtieron efecto alguno, y la insurreccion siguió adelante. A los pocos dias se sublevó la division guipuzcoana de la línea de Andoain, declarándose neutral entre las querellas *del cuartel real y del cuartel general* , y manifestando que mientras no marchasen acordes y en perfecta union, no permitiria que entrase en aquella plaza *persona alguna interesada próximamente en ambos cuarteles.*

Era aquello la crisis suprema del carlismo que agonizaba : el partido que durante seis años habia hecho cruenta la guerra á la revolucion, parecia revolucionariamente, demostrando una vez más al mundo, que la anarquía es condicion inevitable de todos los absolutismos.

V.

El mismo dia que se sublevaron los batallones navarros, emprendió Espartero un hábil movimiento de flanco desde la línea últimamente conquistada, y el 9 de Agosto llegó tranquilamente á la capital de Álava , con asombro de los carlistas, que vieron amenazada su espalda por la carretera de Durango, teniendo que replegarse á sus líneas atrincheradas de Villareal y Arlaban. Simultáneamente Castañeda , de

acuerdo con el comandante general de Vizcaya, quedaban encargados de oponerse á cualquier amago que intentase el enemigo desde las formidables posiciones de Areta, y Leon debia operar de frente por Navarra, para caer sobre Estella.

El dia 14 salió el Duque de la Victoria del pueblo de Urbina, y despues de salvar una cortadura hecha en el puente que hay en el camino, llegó al frente de Villareal, cuyas líneas de parapetos se hallaban defendidas por cinco batallones, teniendo Maroto las demás fuerzas en los puntos de la cordillera que creyó á propósito para su defensa, y á cierta distancia seis escuadrones amagando el flanco derecho del ejército liberal. Formó el Duque sus tropas en columnas paralelas, y atacando decididamente á los enemigos, en solo una hora de fuego les arrojó de la primera y segunda línea, persiguiéndoles hasta las escarpadas eminencias de Aramayona. Los carlistas se batieron débilmente en algunos puntos, y habiendo reprendido Maroto á un batallón porque se retiraba por sí mismo, le contestaron los soldados en alta voz: “que á él le defenderían hasta la muerte; pero *no querian pelear más, puesto que se trataba de acabar la guerra.*”

Espartero estableció su cuartel general en Urbina; y Maroto, dejando su ejército á cargo del conde de Negri, marchó al encuentro de D. Carlos, que regresaba de hacer que reprimia la insurreccion de los navarros, á cuyos jefes se habia prevenido secretamente que se mantuvieran firmes, á la vez que se procuraba comprometer en el alzamiento á la division guipuzcoana. Inmediatamente se dieron órdenes muy reservadas á Urbiztondo para que, con un batallón castellano, corriese á situarse en Mondragon: esto se hacia sin conocimiento de Maroto, quien gracias á que llevaba consigo fuerzas respetables, y á la firmeza de los guipuzcoanos en mantenerse neutrales, pudo escapar con vida del lazo que se le tendia. D. Carlos y su general se vieron en la cuesta de Descarga, el 19 de Agosto, y conferenciaron largamente, sin que de su entrevista resultase el necesario acuerdo, y sí solo la mayor confusion y perplejidad en el ánimo de entrambos. Convencido Maroto de que habia sido decretada su muerte, partió sin embargo á Elgueta y Elorrio, pretendiendo hacer frente á Espartero, que avanzaba resueltamente hácia Durango.

Para tomar esta villa, necesitaba el Duque apoderarse antes del fuerte de San Antonio de Urquiola, y lo efectuó el dia 20 tras de un ataque vigoroso de corta duracion; pues Negri, que mandaba en aquel punto, dispuso la retirada y huyó, dejando en poder de su contrario la artillería, 40,000 cartuchos y abundancia de víveres. Al mismo tiempo, Arechavala y Castañeda triunfaban sin gran trabajo en

Aracaldo y Areta, cediéndoles el campo el general La Torre; y no quedando apenas enemigos en Vizcaya, avanzaban hácia Guipúzcoa. Por su parte Leon sostenia reacios y sangrientos combates en Navarra, llevando la devastacion á los pueblos de Allo y Dicastillo, y obligando á Elío á correr desde la frontera para proteger á Estella, cuya invasion era inminente. Al aproximarse Espartero á Durango, el 22 de Agosto, la abandonaron los carlistas yendo á reunirse con Maroto en Elorrío, y el ejército liberal ocupó la villa, siendo bien acogido por sus habitantes.

Al dia siguiente, dirigió el Duque á sus soldados una brillante alocucion, recordándoles los triunfos que habian obtenido desde la batalla de Luchana, y haciendo fiel historia de las últimas operaciones militares, cuyos resultados eran la consecuencia de un plan preconcebido y felizmente ejecutado. Manifestábales el firme convencimiento en que estaba de que el enemigo seria batido, “si no se acogia á su generosidad deponiendo las armas ó sosteniendo con ellas la Constitucion, el trono de Isabel II y la regencia de su augusta madre,„ y añadia:—“Vosotros, queridos compañeros de glorias y fatigas, habeis dado un ejemplo de virtud inimitable con el habitante que se somete y espera tranquilo, fiado en la generosidad y disciplina del ejército. Todos los que obren así serán protegidos en sus personas y propiedades; pero al mismo tiempo, la rebeldía será castigada como en Allo y Dicastillo...„

El mismo dia 23, daba Maroto en Elorrío una alocucion belicosa á sus soldados, que concluia diendo:—“Nada deben imponeros las fuerzas con que se ha presentado (el enemigo): yo os prometo que desaparecerán, si atendeis solo á vuestro deber y despreciais *habladurias de los mal intencionados*. Entre nosotros no debe haber más divisa que la religion, nuestro soberano y patria: *sofóquense para siempre esas voces de transaccion que nunca puede haber, y juremos nuevamente todos morir antes que sucumbir.*„

¡Terrible situacion de Maroto! Jugete de encontrados pensamientos, su espíritu fluctuaba en un mar de confusiones, como la nave desarbolada y combatida por furiosos huracanes. “Necesitaba imperiosamente (nos dice él mismo) la voluntad general del ejército que mandaba para decidir á D. Carlos á la transaccion;„ deseaba que este concurriese á ella y la autorizase con su presencia; le habia comunicado ya las notas que acreditaban los pasos dados por él solicitando la intervencion de Francia y de Inglaterra, y con tal motivo le habia dicho ¹: “Repito á V. M. que la guerra no se termina por medio de la fuerza entre nosotros... Los españoles todos

¹ En 4 de Agosto.

ansian el fin de guerra tan desastrosa, y *solo algunos mónstruos*, por sus fines particularès, *quisieran perpetuarla* hasta el exterminio de sus adversarios;,, estaba en tratos con Espartero hacia seis meses para llegar á una paz honrosa; y sin embargo, cuando casi todo su ejército se hallaba comprometido y aguardando una sola palabra para deponer las armas, ¡pretendia sofocar para siempre las voces de transaccion, y que todos jurasen nuevamente morir antes que sucumbir! Era que su lealtad no le permitia someterse bajo condiciones desfavorables á la causa carlista, y viéndose acusado de traicion, preferia la muerte á la deshonra.

Sin duda pensó Maroto continuar á todo trance la guerra; pues en el mismo dia oficiaba á los comandantes generales y jefes de division para que sin demora le manifestase cada uno clara y terminantemente si estaban resueltos á secundarle, y si podia contarse con las tropas; y hasta escribió en términos conciliadores á su mortal enemigo, el presbítero Echevarria, proponiéndole la union para defender la causa comun; pero ya era tarde: muchos de los jefes se hallaban comprometidos por la paz, y conocian mejor que Maroto á qué extremos llegaba el odio inextinguible de los apostólicos. Entre otros, el general La Torre tenia tomada su resolucion, y en la noche del 24 se presentó á Espartero, decidido á concluir con aquella situacion insostenible.

Mientras La Torre daba este paso, el brigadier D. Juan Zabala conferenciaba en Elgueta con Maroto, y le decidia á visitar al duque de la Victoria: la entrevista se efectuó al amanecer del 26, en la ermita de San Antolin de Abadiano, cerca de Durango: abrazáronse los dos generales enemigos, y despues de animados debates, no pudieron avenirse en la cuestion de fueros: estando acordes en todo lo demás, negóse el Duque á conceder una suspension de hostilidades, y ambos jefes se despidieron resueltos á combatir de nuevo. Pero Maroto no era ya el árbitro de la paz ó de la guerra: ¿con qué bandera se presentaria en el campo de batalla? ¿Le seguirian sus soldados, á quienes, antes de asistir á la conferencia de Abadiano, habia ofrecido la paz creyéndola segura? Tambien habia comunicado á D. Carlos el dia anterior unas proposiciones favorables, que decia haberle sido presentadas por el enemigo, y que distaban mucho de las que este se hallaba dispuesto á suscribir.

Un grito de indignacion fué la respuesta á la comunicacion de Maroto, sobre cuya cabeza se desencadenó la más deshecha tempestad. En una alocucion á *los Voluntarios*, fechada en Villafranca el 26 de Agosto, decia el ministro de la guerra de D. Carlos: — “Son indignas de vuestro valor las proposiciones hechas al Rey

N. S., y no es de vosotros abandonarle en manos de sus enemigos... Desengañaos : esta es la traicion más infame que han visto los nacidos. Morir primero que sucumbir. La causa de Dios pelagra y la de un rey en cuya defensa está comprometida vuestra conciencia y vuestro honor. Sois leales por carácter ; sois valientes ; sois héroes ; y nada más tengo que deciros. Voluntarios: ¡Viva la Religion! ¡Viva el Rey!.,

Al momento se pusieron en juego todos los resortes de la intriga y de la seducción para contrariar las corrientes pacíficas que arrastraban al pueblo y al ejército : mientras por una parte se circulaban impresos belicosos y voces de traicion, y recorrían las filas agentes de D. Carlos haciendo magníficos ofrecimientos á los jefes y soldados, por otra se tendían lazos á los principales caudillos comprometidos para atraerlos al cuartel real y pasarlos por las armas.

De pronto llegó D. Carlos á Elgueta con gran séquito de ministros, generales y guardias : en seguida se le presentó Maroto, á quien exigió le manifestase francamente cuanto hubiese pasado con Espartero y con los agentes de Inglaterra y Francia. Satisfizo á todo el general, añadiendo que era necesario tomar una pronta resolucion, pues ni el ejército ni los pueblos querian más guerra. D. Carlos se sonrió, y mandó á Maroto aguardar en la antecámara ; pero este, recelando en vista de las precauciones que observaba, salió á prevenir á sus amigos y á la escolta que habia venido acompañándole. Llamado luego por el Príncipe, le encontró presidiendo un gran consejo, al que asistian el infante D. Sebastian y los generales Eguía y Silvestre. Se leyeron las proposiciones comunicadas por Maroto; y conviniendo todos en la gravedad de su contenido y en la necesidad de medidas urgentes, resolvió D. Carlos revistar inmediatamente el ejército para penetrarse del verdadero espíritu de las tropas. En seguida montó á caballo, y todos le acompañaron, menos Silvestre, que se quedó en Elgueta trabajando para sublevar contra Maroto las fuerzas que allí habia : otros emisarios partieron con el mismo fin á recorrer los batallones y escuadrones, que se hallaban tendidos en las cercanías de aquella poblacion y en el camino de Elorrío.

Al presentarse D. Carlos de gran uniforme, con su brillante séquito y escolta de guardias de corps, algunos batallones castellanos le victorearon ; pero las demás tropas guardaron silencio : dirigióles una arenga, diciéndoles si le reconocian por su soberano, y si le defenderian como siempre derramando su sangre en favor de su causa y de la religion. A estas palabras y á los vivas al Rey, contestaron gritos más nutridos de ¡Viva nuestro general! ¡Viva Maroto!

Disgustado D. Carlos, reconvino á las tropas que habian dado estas voces, diciendo que, donde él estaba, á nadie más se victoreaba. Entonces los ginetes de su escolta blandieron las espadas para embestir á Maroto por la espalda; pero no paso esta accion de un amago, y el general se previno permaneciendo á cierta distancia de la comitiva durante la revista.

D. Carlos, turbado y balbuciente, se dirigió á los batallones guipuzcoanos, y les repitió su arenga; pero nadie le respondió una palabra, á pesar de sus instancias.—“Hijos míos, ¿ nada me decís? preguntó: ¿ No me habeis entendido? ¿ Quereis seguirme?,” ¡ Nuevo desengaño! —“Señor, tal vez no entienden el castellano,,” le dijo Maroto: en esta inteligencia, previno D. Carlos al brigadier Iturbe que se lo explicase en vascuence, y así lo hizo el jefe carlista, gritando: “¿ *Paquia naidezute, muctillac?* (¿ Quereis la paz, muchachos?)— ¡ *Bay, Jauna!* (¡ Sí, señor!),” respondieron á una voz las tropas.—“¡ Estamos vendidos!,” exclamó D. Carlos; y se retiró precipitadamente sin querer revistar ningun otro cuerpo: sus defensores acababan de despedirle en vascuence.

VI.

El atribulado príncipe se retiró á Vergara, y Maroto bajó á Elorrió, para estar más cerca de Espartero, que no cesaba de acosarle con mensajes, y permanecía en Durango esperando que el ejército carlista se pronunciaría por la paz de un momento á otro. Con el fin de acelerar este momento deseado, el jefe liberal habia expedido una nueva alocucion, en la cual estimulaba á sus soldados á combatir, anunciándoles políticamente que las negociaciones de paz estaban rotas por culpa de su enemigo; que, sacrificando la gloria de vencedor, habia escuchado las proposiciones de sus contrarios, y ofrecido todo cuanto podia en uso de sus atribuciones y de las facultades omnímodas que le concedió el Gobierno; pero que, exigiéndosele la concesion de privilegios opuestos á la Constitucion, se habia negado á tan extrañas pretensiones. “Responsable de mantener la dignidad nacional, decia, y satisfecho de no haber omitido medio alguno de los que pudieran hermanar las diferencias, estoy resuelto á que el poder de nuestras armas acabe de probar al enemigo su necia presuncion.”

Reiteró Espartero á Maroto sus proposiciones, haciendo que se le mostrase una comunicacion del ministro de la Guerra, Alaix, por la cual estaba facultado para gastar 25 millones, en pagar los atrasos de los oficiales y tropas carlistas que concurriesen al convenio. Tambien el comodoro inglés, lord Jonh Hay, con quien Maroto habia tratado del arreglo, le ofreció una cantidad considerable, que pudiera servir de auxilio á los que, no teniendo otro recurso, se vieran en la precision de emigrar. A uno y otro contestó con dignidad el jefe carlista, que estaba decidido á transigir por el bien general de los españoles, siendo este el único interés en que, tanto él, como sus adictos, habian fijado su consideracion.

Sin embargo, Maroto desechaba las proposiciones de Espartero: queria dar, al menos, la última batalla y sucumbir con gloria; pero habia visto el espíritu de sus tropas, y en medio de su perplejidad, tomo la resolucion de pedir perdon á D. Carlos, poniéndose á sus piés, en nombre de todos los que le acompañaban ¹. Era su ánimo no continuar más al servicio de aquel príncipe, y dejar que otros combatesen por él, ó llevasen á cabo el convenio, cuya realizacion ya le arredraba.

Este acto de debilidad puso en guardia á los otros jefes carlistas, comprometidos tanto ó más que Maroto; y fué correspondido por D. Carlos, enviando á decir al general, que se le permitiria marcharse con los que quisiesen acompañarle, pero sin darle ninguna garantía, y nombrando para mandar al ejército al Conde de Negri. Maroto tomaba entre tanto sus disposiciones para proseguir la guerra, proponiéndose esperar al enemigo en las posiciones de Descarga.

Espartero no aguardó más: el mismo dia 28 salió de Durango con su ejército, y marchó por Elorrío á Elgueta, de cuya fuerte posicion se apoderó sin combatir, por haberse alejado el enemigo: de igual manera entró en Vergara; y al dia siguiente se dirigió con parte de sus tropas á la villa de Oñate. Allí recibió una comunicacion de Maroto, que compelido por La Torre y otros jefes y comandantes de los cuerpos que componian las divisiones castellana, vizcaina y guipuzcoana, le manifestaba haber resuelto ajustar el tratado de paz. Inmediatamente le contestó Espartero, mostrándose satisfecho y dispuesto á terminar el arreglo, á pesar de que no se mencionaban las divisiones alavesa y navarra. Llevaron la contestacion,

¹ Por medio de esta exposicion:—«Señor: Al ponerme á L. R. P. de V. M., como lo ejecuto á nombre de todos los que me acompañan, me atrevere á decir á V. M. que nunca es más grande un monarca, que cuando perdona las faltas de sus vasallos. D. Eustaquio Laso presentará á V. M. los sentimientos de mi corazon, para que se digne dirigirme las órdenes que fueren de su soberano agrado.—Dios guarde á V. M. muchos años.—Elgueta 27 de Agosto de 1839.—Señor: A L. R. P. de V. M.—*Rafael Maroto.*»

á media noche, los brigadieres D. Juan Zabala y D. Francisco Linage; y al recibirla Maroto, y enterarse de las bases que se le incluian, manifestó que eran de todo punto inadmisibles. No participaban de su opinion los demás jefes carlistas, y fraternizando con los dos emisarios liberales, resolvieron marchar juntos á Oñate, como á una romería, deseosos de poner término á aquella situacion calamitosa, manantial perenne de discordias, de intrigas y sobresaltos. Alegres partieron de Villareal de Zumárraga los generales La Torre y Urbiztondo, el brigadier Iturbe, los coroneles Toledo y Linares, y el auditor de guerra Lafuente, que habian sido indicados para ajustar la paz por el mismo Maroto, en su comunicacion á Espartero; y cordialmente recibidos en el campo liberal, se les dispuso un almuerzo, durante el cual se discutieron y sentaron las bases del convenio, que se concluyó en Oñate, sin consignar el punto ni la fecha, y se llamó de Vergara por haber sido ratificado en esta villa el 31 de Agosto.

Maroto quedó solo en Villareal; solo y abismado en un profundo estupor: él habia preparado los acontecimientos que presenciaba, y al querer detenerlos, se veia atropellado por ellos, impotente para oponerse á un acto que reprobaba, y en el cual, á pesar suyo, la Historia no podria menos de consignar su nombre. Arrastrado por la fuerza de las circunstancias, tenia que consentir en lo que no habia pensado; y exigiendo el consentimiento de los demás jefes, como lo exigió por escrito, se consideró moralmente excluido del convenio: así es que no quiso firmarlo, y le sobraba razon para obrar así.

Lo que Maroto deseaba era una *transaccion*; y por más que se haya dicho y repetido esta palabra, el convenio de Vergara no fué una transaccion, sino una *capitulacion honrosa*¹, en la que depusieron las armas y los odios de partido, con el noble propósito de dar la paz á su patria, los que ya no tenian fé en D. Carlos, ni menos en los principios que este representaba. La transaccion además era imposible, á no ser que se suponga la posibilidad de hermanar el absolutismo con la libertad; la monarquía de derecho divino, con la monarquía de derecho humano: entre ambos sistemas no cabe conciliacion ni avenencia. Por eso los verdaderos carlistas, los partidarios decididos del poder absoluto, ni capitularon, ni transigieron; y abandonando el país juntamente con D. Carlos, ó permaneciendo en él fieles á su bandera, no han cesado de ser una protesta viva de aquel convenio, un elemento constante de perturbacion moral y un estorbo para la consolidacion de la paz pú-

¹ Véanse los artículos del Convenio, en el documento núm. 10.

blica. Intransigente por naturaleza, ese partido es hoy el mismo que era en 1839, en 1823 y en 1814, y como entonces, lleva en sí el fónes de la discordia, que en cada una de sus evoluciones periódicas, le agita vigorosamente y expelle de su seno los miembros contaminados por el roce de la civilización moderna.

El absolutismo fué vencido en Vergara, triunfando en su lugar, sin restricciones, la causa de la monarquía constitucional: así lo declaran los manifiestos de Espartero, de Maroto y del mismo D. Carlos, antes y después del célebre convenio: para impedir su realización, decía el último, en 30 de Agosto desde Lecumberri, á los pueblos de Navarra y provincias Vascongadas:—“*Rey y señor vuestro por el derecho que Dios se dignó concederme con la vida, acepté la guerra... y esta guerra, que empezásteis con una decisión sin ejemplo, ... no es solamente una guerra de sucesion, sino de principios. No solo sosteneis con ella mis derechos á la corona, sino tambien los vuestros á la inviolabilidad de la religion santa y de los fueros venerandos de vuestros padres...*”, Recuerda la proclama dada por Espartero en Durango el 23 de aquel mes, en que amenazó batir al enemigo, si no se acogia á su generosidad, deponiendo las armas, *ó defendiendo con ellas la Constitucion*, y añade: “¿Es esta la paz con que os han halagado, y quereis que vuestros sacrificios heróicos de seis años rematen en la vergüenza de *rendiros sin combatir á discrecion del enemigo?*”

En efecto, así era: se rendian á discrecion, arrojándose en los brazos de un enemigo generoso, fiándose unos en la palabra de los otros, sin pacto alguno especial, sin ninguna garantía; y esto prueba que abandonaban para siempre la defensa de unos principios desechados por su conciencia.

Maroto, en medio de sus vacilaciones, decía en una proclama de la misma fecha:—“Nadie más entusiasta que yo para sostener los derechos al trono de las Españas en favor del señor D. Carlos María Isidro de Borbon, cuando me pronuncié; pero *ninguno más convencido*, por la experiencia de multitud de acontecimientos, *de que jamás podria este príncipe hacer la felicidad de mi patria, único estímulo de mi corazon*; y por lo tanto, unido al sentimiento de los jefes militares de Vizcaya, Guipúzcoa, castellanos y de algunos otros, he convenido, para poner término á una guerra desoladora, que se haga la paz; la paz tan deseada por todos, segun pública y reservadamente se me ha hecho conocer...”

Grandes fueron los esfuerzos de D. Carlos y sus allegados para impedir á última hora que acudiesen á Vergara los convenidos: algunos vacilaron, y otros, como Iturbe, á pesar de haber sido el primero que puso su firma en el convenio, quisie-

ron retroceder. Sin embargo, á las doce del dia 31 de Agosto estaban en Vergara cinco batallones, dos escuadrones y una batería de la division castellana; tres batallones y cuatro compañías con un escuadron de la guipuzcoana, y ocho batallones con cuatro piezas de la vizcaina. Tambien estaba allí Maroto, cabizbajo, receloso de todos y de todo, hasta el punto de haber dicho al coronel Wylde, que, "por lo que pudiera ocurrir, se acogia al pabellon inglés." Formadas aquellas fuerzas entre dos divisiones liberales, y en presencia de multitud de curiosos que coronaban las alturas, les arengó Espartero con el lenguaje del corazon, haciendo sentir á todos la grandeza de aquel acto: manifestóles que la Reina, la Patria, los españoles todos mirarian con aprecio y gratitud un suceso tan glorioso en su esencia, como fecundo en bienes; que un ósculo de paz y de fraternidad ponía fin á la sangrienta guerra, echando un velo impenetrable sobre lo pasado; que ya no habia más que hermanos; hermanos que se amaban, y debieron haber estado siempre unidos: no más muertes, no más sangre, no más resentimientos: cesen las lágrimas de las familias, y suceda al dolor el regocijo. *Yo tambien bailaré un zorzico con vosotros*, dijo á los vizcainos, y el sentimiento embargó su voz; y la efusion de su alma, comunicándose á aquellos hombres curtidos en las batallas, les hizo verter lágrimas de alegría. Profundamente conmovido, abrazó á Maroto; las tropas formaron pabellones, y todos, jefes y soldados se abrazaron. La muchedumbre de mujeres, ancianos y niños, que presenciaban aquella magnífica escena, corrió á mezclarse entre ambos ejércitos ya confundidos en uno, participando del comun contento, y ofreciendo á todos indistintamente viandas y bebidas.

España entera celebró á los pocos dias con delirante júbilo el abrazo de Vergara, y de todas partes recibió Espartero las más cordiales y fervientes felicitaciones por aquella gran victoria, que le hacia superior á todos los conquistadores de la tierra; pues triunfaba de sus enemigos, vencíéndose á sí mismo, y renunciando á la gloria del vencedor en aras de la paz y de la felicidad de la patria. Los carlistas mismos participaban así de aquel triunfo, tanto más glorioso, cuanto que solo á españoles se debia, sin la intervencion de extranjeros.

Repartiéronse las pagas á los jefes y oficiales carlistas, y un duro á cada soldado. Para esto y otras atenciones del momento, habia pedido Espartero al Gobierno con urgencia seis millones de reales: ni los tenia el Gobierno, ni era fácil reunirlos con la perentoriedad que el caso reclamaba: presentóse Alaix con la carta de Espartero á la reina Cristina, y esta señora mandó en seguida á su tesorero Gaviria